



FERNANDO Y MARIA.

CANTO QUINTO.

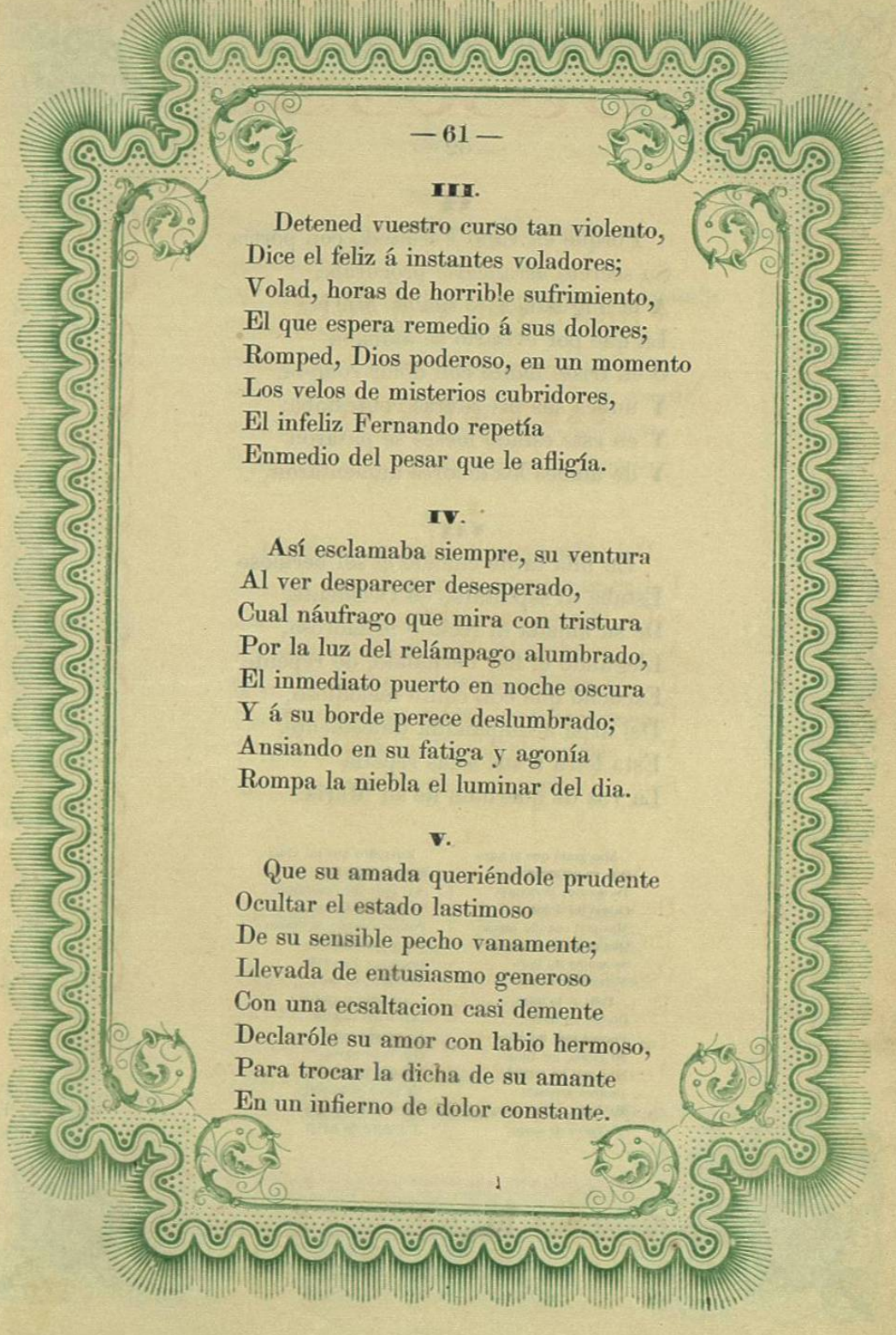
I.

Del volcan por la falda va subiendo
Fatigado viagero, y mas avanza
Sobre la arena movediza viendo
Mas prócsima la cima; la esperanza
De ver su seno, su valor nutriendo
Dále fuerza, y al cráter se abalanza,
Y al ver hervir desde su orilla el fuego
Solo volver atrás quisiera luego.

II.

Así Fernando, ansiando vivamente
De la duda salir que lo agitaba,
En el febril delirio de su mente,
Con la esperanza solo se animaba;
El infeliz que con teson vehemente
La verdad al tocar que audaz buscaba;
Temblando ante su horror volver quisiera
A la duda que en ántes maldijera.

III.



Detened vuestro curso tan violento,
Dice el feliz á instantes voladores;
Volad, horas de horrible sufrimiento,
El que espera remedio á sus dolores;
Romped, Dios poderoso, en un momento
Los velos de misterios cubridores,
El infeliz Fernando repetía
Enmedio del pesar que le affigía.

IV.

Así exclamaba siempre, su ventura
Al ver desaparecer desesperado,
Cual náufrago que mira con tristura
Por la luz del relámpago alumbrado,
El inmediato puerto en noche oscura
Y á su borde parece deslumbrado;
Ansiando en su fatiga y agonía
Rompa la niebla el luminar del dia.

V.

Que su amada queriéndole prudente
Ocultar el estado lastimoso
De su sensible pecho vanamente;
Llevada de entusiasmo generoso
Con una ecsaltacion casi demente
Declaróle su amor con labio hermoso,
Para trocar la dicha de su amante
En un infierno de dolor constante.

VI.

Porque en vano Fernando con porfía
Su secreto arrancarle procuraba
A la angustiada y tímida María,
La que por evitarlo se afanaba
O en triste llanto con dolor rompía,
Y nunca sus preguntas contestaba:
Y en este estado meses se pasaron
Y de ambos los dolores aumentaron.

VII.

En una tarde cuando el sol hermoso
Estaba al sepultarse en Occidente,
De su amada al recinto primoroso,
Llegando el fiel Fernando, de repente
Escuchó que con canto melodioso,
Del arpa acompañada dulcemente,
Esta letra á sus solas repetía
La voz de querubin de su María.

Mas grato que el aura
Que va susurrando,
Tu acento, Fernando,
Calmó mi dolor;
Mas ¡ay! cuando pienso
Que en vano te adoro,
Se agolpa mi lloro
Y espiro de amor.
Feliz si te miro,
Olvido mi duelo,
Porque eres mi cielo,
Mi gloria, mi Dios;
Mas ¡ay! un terrible
Destino arrebató
Mi dicha, y me mata
Y espiro de amor.

Ensueños que mi alma
Seducís amantes
¡Ay! ¡por qué constantes
No sois por favor?
Porque cuando en brazos
Estoy de mi dueño,
Despierto del sueño
Y espiro de amor.
Amando y amada
¡Ay! triste suspiro,
Lo pasado miro
Con fiero pavor;
Opongo impotente
De amor al imperio,
Un negro misterio,
Y espiro de amor.

VIII.

Calló María, y rápido Fernando
Ante sus ojos presentóse luego,
Diciendo:—“Fiel paloma, ángel que amando
“Haces mi pecho arder en vivo fuego,
“Serás mi esposa al fin, sí, aun cuando
“Se oponga el mismo cielo.—Te lo ruego.”
“Calla por Dios”—repúsole la hermosa,
“Siempre seré infeliz, nunca tu esposa.”

IX.

Infeliz ciertamente que abatida
Por un pesar continuo se encontraba,
La color del semblante ya perdida,
Perdida la salud; todo mostraba
Que lentamente su preciosa vida
En flor estando, en flor se marchitaba;
Y que de juventud el bello huerto
Era para ella bárbaro desierto.

X.

Separóse Fernando de María
El alma henchida de fatal tristura,
Y á su estancia marchó: poco había,
Sobre su fiel corcel en noche oscura,
Avanzado quizá por fácil vía;
Cuando de la arboleda en la espesura
Atrevido ginete lo detiene,
Diciéndole:—“Defiéndase el que viene.”—

XI.

“Foragido ó quien seais,”—dijo Fernando
Con la espada en la mano—“¿Qué ha podido
Motivar nuestro encuentro?”—Avanzando
Con furor le gritó el desconocido:—
“Amante de María, os demando
“Su corazon que me ha pertenecido.”—
“Muere”—Fernando solo le repuso
E irritado, á lidiar con él se puso.—

XII.

Corto el combate fué, que de repente
Apartóse el incógnito diciendo
Colérico á Fernando:—“Frente á frente
Volverémos á vernos,” y corriendo
Entre la niebla huyó cobardemente,
Del cielo y de Fernando maldiciendo;
Este quedó asombrado y de su amada
Determinó volver á la morada.

XIII.

A ella llegó. Su espada fulgorosa
Hácia la aguda punta se veía
Bañada en sangre fresca. La enojosa
Espresion de Fernando vió María
Temblando de afliccion. El, de la hermosa
Tomó la mano como nieve fria,
Y conmovido al paso que indignado
Con un impulso la sentó á su lado.

XIV.

Y oprimiendo su mano, y refiriendo
Cuanto le aconteció, pidióle alguna
Esplicacion de cuanto fué diciendo;
Temblando la infeliz no dió ninguna;
El la estrechó, zeloso repitiendo
Sus instancias en vano, y su fortuna
Maldiciendo despues dijo á su amada:—
“Tu silencio te acusa, desgraciada.”

XV.

—“No me acusa”—repuso la infelice
Levantando á su vez la noble frente:
“Cuando mi labio calla nada dice.
“¿Y así juzgas, Fernando, á la que ardiente
“Te adora y tus sospechas contradice
“Con llanto amargo, sincero, inocente?
“A decírtelo todo, yo me obligo,
“Pero ántes piensa, piensa en lo que digo.

XVI.

“La relacion de mi infelice vida
“Será doble barrera que me aparte
“De tí, Fernando. ¿Quieres que vencida
“Por tus sospechas hable, y que la parte
“Corta de dicha que posees, perdida
“Quede dentro de poco al relatarte
“Horrores que hostigando mi memoria
“Gran parte forman de mi triste historia?”

XVII.

“Sí”—respondió Fernando—“habla, María,
“Nada me asombra ya, nada me aterra.”
Ella prorumpió así—“La luz del día
“Ví por primera vez en esta tierra,
“Al mismo tiempo que acabado había
“De independencía la gloriosa guerra,
“En la cual con honor murió mi padre
“Dejándome en el vientre de mi madre.

XVIII.

“Pasé feliz en infantil contento
“Diez primaveras de mi madre al lado
“En esta misma casa, y con intento,
“De librar mi niñez del desgraciado
“Estado de pobreza y aislamiento,
“En que por su viudez hubo quedado,
“A Tlaxcala mandóme con gran tino
“Bajo la proteccion de mi padrino.

XIX.

“Lágrimas arrancóme de amargura
“Por la primera vez el sentimiento,
“Al mirar de mi madre sin ventura,
“Al separarme de ella, el sufrimiento;
“De mi padrino en vano la ternura
“Se empeñó en mitigar mi abatimiento,
“Que mi pecho de niña dolorido
“Buscaba sin cesar materno nido.

XX.

“En avanzada edad, aunque no anciano,
“Estaba mi padrino, y de fortuna
“Pródiga á veces la dorada mano
“Sus tesoros le dió desde la cuna;
“Generoso y espléndido, no vano,
“Sin privacion tratábase ninguna;
“Y las cuantiosas rentas que tenía
“Con ancianos y huérfanos partía.

XXI.

“De hija el nombre me dió, y con esmero
“Como tal en su casa fuí tratada;
“Con un afecto singular, sincero;
“Por su clara razon aconsejada;
“Del rigor de su enojo pasajero
“Jamás el blanco fuí, porque mimada
“Y educada por él en armonía,
“Su voluntad estaba con la mía.

XXII.

“Inocente crecí bajo su amparo,
“Como el polluelo que del nido vuela
“Y al perder el materno nido caro
“Cuando solo su abrigo ansioso anhela,
“Compadece un pastor su desamparo
“Y lo recoge y su orfandad consueta
“Procurando solícito crearlo,
“Y de intemperie con amor guardarlo.

XXIII.

“Envidiosa tal vez de mi ventura
“La juventud radió sobre mi frente,
“Y dicen que con ella la hermosura
“Me adornó con sus gracias diestramente;
“De niñez el candor mi alma pura
“Aun conservaba, tímida, inocente,
“Los goces con que el mundo me brindaba
“Sin conocerlos bien, los desdeñaba.

XXIV.

“Observé que constante mis ventanas
“Rondaba un hombre con tenaz porfía,
“El cual haciendo diligencias vanas
“Por agradarme, resolvióse un día
“En que estaban abiertas las persianas,
“A arrojar una carta; yo salía
“Casualmente á la reja, y sin intento
“De ofenderlo, volvíselo al momento.

XXV.

“Brillaron con la cólera sus ojos
“Lanzando sus miradas vivo fuego,
“Y yo, causa infeliz de sus enojos,
“De terror me llené, mas él tan luego
“Que lo observó, causándome sonrojos,
“Gritóme:—“Tú has robado mi sosiego,
“Te acordarás de Lopez, te lo juro,
“¿Quién puede estar de su rencor seguro?”

XXVI.

“Mayor espanto al escuchar su nombre
“Se apoderó de mí, era un bandido,
“Rico por sus rapiñas, de renombre
“En toda la comarca, y tan temido,
“Que á los jueces tan solo con su nombre
“Llenaba de terror, porque atrevido
“Dió veces mil de su valor señales
“En medio de los mismos tribunales.

XXVII.

“Del carnaval las fiestas bulliciosas
“Inmediatas estaban; mi padrino,
“Alegre por ganancias numerosas
“Que en sus haciendas tuvo de continuo,
“Dispuso de disfraz danzas vistosas,
“De complacerme solo con destino;
“Por tres noches, buscando ropas bellas
“Para que me adornara todas ellas.

XXVIII.

“De trasparente seda mi albo trage
“Recamado de plata refulgente,
“Brillaba con la luz como celage
“Que argenta en derredor el sol naciente;
“Muy mas valiosas que el sutil ropage,
“Blancas perlas finísimas de oriente,
“Adornaban mi seno, y mis cabellos,
“Diamantes de vivísimos destellos.

XXIX.

“¡Cuán inmenso placer sentí, Fernando,
“En medio del salón esplendoroso,
“Donde la gente con primor danzando,
“En medio del concurso numeroso,
“Respiraba placer; donde gozando
“De aquello que juzgaba tan hermoso
“De la música acorde la armonía
“Producida del cielo parecía!

XXX.

“Incógnita á favor de la careta
“Con gran desembarazo me encontraba,
“La libertad gozando tan completa
“Que el disfraz con la máscara me daba.
“Tal vez desatinada é indiscreta
“Parlaba mucho, sin cesar danzaba;
“Si era pueril, Fernando, mi alegría,
“Un mundo de ilusión la producía.

XXXI.

“Fué la primera vez, y última ha sido
“Que de la danza el seductor contento
“He gozado, Fernando, mi vestido
“Brillante como el alba, este momento
“Mira en luto trocado, y mi perdido
“Placer en un infierno de tormento;
“Permite que recuerde mi ventura
“Como el ciego del sol la lumbre pura.

XXXII.

“Cuando mas placentera me encontraba,
“Una criada me dijo,—“vida mía,
“En este instante de llegar acaba
“Vuestra querida madre que debía,
“Segun por abrazaros se afanaba,
“Haber llegado con la luz del día;
“Pero los malhechores . . . en la puerta
“De casa la veréis ya casi muerta.

XXXIII.

“Ciega por la sorpresa y aturdida,
“Corredores y patios dilatados
“Crucé por ella solo conducida;
“Y al llegar á la puerta, enmascarados
“Dos hombres de pujanza desmedida
“Tapándome la boca despiadados,
“A un caballo me ataron fuerte y fiero,
“Subiéndose á la grupa un bandolero.”

XXXIV.

—“¡Qué horror!”—gritó Fernando estremecido
De cólera impotente. —“Tu inhumano
“Pesar comprendo; dí, ¿quiénes han sido
“Esos monstruos?” —“Fué Lopez y su hermano”
Prosiguió la infeliz. —“Tal vez herido
“Fué Lopez esta noche por tu mano.”—
“—Mas no muerto,”—repúsole al momento
Fernando con horrible sentimiento.

XXXV.

Y exclamó la infeliz muy agitada:
“—¡Madre! que allá en los cielos estás viendo
“La inocencia de tu hija desdichada,
“La que pobre, á tu lado aquí viviendo
“No hubiera sido acaso mancillada,
“¡Por el crudo dolor que estoy sufriendo,
“Tú que miras mi bárbara tristeza,
“Pide á Dios que me preste fortaleza!”

XXXVI.

Silencio sepulcral ambos guardaron.
—“¿Y bien, Fernando» prorumpió la hermosa,
—“Aun me amas?”—“Sí, pura te dejaron,
“Virgen es tu alma, tú serás mi esposa.”
Dijo Fernando, y ambos se miraron
Con pasion celestial, ella llorosa
En arranque de amor el labio ardiente,
De Fernando imprimió sobre la frente.

XXXVII.

El paróse diciendo, —“adios, María,
“Volverémos á vernos mas dichosos.”
Ella viendo su frente tan sombría,
Con acentos hablándole amorosos
Lo quiso detener, con pena impía
Presintiendo sus ímpetus zelosos;
Todo fué en vano, que partió Fernando
Matar á Lopez con furor jurando.

FERNANDO Y MARIA.

CANTO SESTO.

I.

¡Sacrosanta virtud! que con la lumbre
De divino reflejo al hombre mismo,
Cuando siente del mal la pesadumbre
Hundido del pesar en el abismo,
Le muestras refulgente la alta cumbre
Del eminente, férvido heroismo;
Presta á mi canto desmayado ahora
Tu fuego ardiente, con tu voz sonora.